**Poéticas del silencio en las narrativas de mujeres durante la última dictadura cívico-militar argentina: *A veinte años, Luz*, de Elsa Osorio[[1]](#footnote-1)**

**Marcela Crespo Buiturón**

**CONICET-UBA-USAL**

Entiendo que, en la literatura argentina de las últimas décadas, emerge una línea estético-ideológica que sostiene una posición cuestionadora de los relatos hegemónicos, muchas veces asociados al patriarcado, sobre la violencia política durante la última dictadura cívico-militar, tanto provenientes del discurso militar como de las fuerzas insurgentes, por lo que dicha línea queda anclada en un espacio conflictivo y fronterizo, que recoge bases tópicas de aquellos discursos para pensarlos desde un lugar crítico. Me refiero a una serie de novelas de escritoras argentinas, cuyos textos han ido apareciendo desde fines de los ’70 en adelante: *Ganarse la muerte* (1976), de Griselda Gambaro; *Conversación al sur* (1981), de Marta Traba; *El resto no es silencio* (1989), de Carmen Ortiz; *El Dock* (1993), de Matinde Sánchez; *A veinte años, Luz* (1998) y *Doble fondo (*2017), de Elsa Osorio; *El silencio de Kind* (1999), de Marcela Solá; *Viene clareando* (2005), de Gloria Lisé; *Todos éramos hijos* (2014), de María Rosa Lojo, y *Lengua madre* (2015), de María Teresa Andruetto.

La novela de la que me quiero ocupar en esta oportunidad es *A veinte años*, *Luz*, de Elsa Osorio. Publicada, como dije, en 1998, constituye una suerte de testimonio ficcionalizado de un episodio traumático en la vida de la protagonista: su secuestro, recién nacida en un centro de detención clandestino en el que mantenían en cautiverio a su madre, militante política durante la última dictadura cívico-militar argentina. Luz -nombre con reminiscencias platónicas- ya adulta y con un hijo recién nacido, emprende un largo y dificultoso camino de reconstrucción de su identidad. Para ello, deberá develar primero la historia de su propia madre, presente en cada página “como ausencia y de ahí que su voz sea silencio” (p. 163), como sostiene la crítica literaria Osorio Soto. La novela se focaliza, entonces, en la voz de la segunda generación, la de los hijos, inscribiéndose así en una ya consolidada tradición, entre las que podemos incluir, entre muchas otras: *Aparecida*, Marta Dillon, *Soy un bravo piloto de la Nueva China*, Ernesto Semán, *Pequeños combatientes*, Raquel Robles, *Los topos*, Félix Bruzzone, *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia*, Patricio Pron, *Una muchacha muy bella*, Julián López y más…

Sin embargo, esa reconstrucción de la historia personal se encuentra ligada a la nacional y como esta, no resulta muy accesible. La historiadora Silvina Jensen, en su historización de la investigación académica sobre el exilio por la última dictadura cívico-militar, advierte sobre los escollos que, justamente, la historiografía ha tenido que superar:

… la construcción de este campo de estudios interdisciplinar, la agenda de temas y problemas ha estado marcada tanto por los límites y posibilidades que fijaron las primeras reflexiones enunciadas en la contemporaneidad dictatorial por los propios desterrados como por […] la apertura de archivos de las diferentes agencias gubernamentales argentinas, de los Estados Unidos y de otros países del Cono Sur (2018, p. 93)

No es de sorprender, entonces, que la literatura haya tomado la posta, junto al ensayo y al género documental.

Ya entrado este siglo, se emprendería un registro más exhaustivo “de los testimonios de las sobrevivientes, mujeres de desaparecidos, mujeres militantes e H.I.J.O.S., pero este tipo de textos (algunos publicados en el exterior) todavía no han sido integrados como elementos claves en la elaboración de la memoria colectiva” (Maldonado, 2006: 92).

El silenciamiento de las voces de los desaparecidos militantes es, seguramente, uno de los tópicos más transitados por las narrativas de la dictadura y el exilio, aunque desde otras esferas disciplinares, quede todavía una deuda pendiente, según lo explican las sociólogas Claudia Bacci y Alejandra Oberti, la abogada María Capurro Robles y la analista del discurso Susana Skura:

Las denuncias por violencia sexual formaron parte de los relevamientos de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) y los relatos pudieron escucharse incluso durante el juicio a las Juntas Militares de 1985. Sin embargo, esas denuncias no fueron consideradas en su especificidad en aquella instancia ni suscitaron investigaciones posteriores a pesar de que los delitos contra la integridad sexual quedaron excluidos de las leyes de impunidad sancionadas en la década de 1980… (Bacci et al., p. 124)

Asimismo, estas investigadoras llaman la atención hacia una pregunta decididamente relevante: “¿qué nos dicen los testimonios sobre las oportunidades de ser escuchadas que estas mujeres tuvieron desde su liberación hasta el presente? El esfuerzo por superar el mandato de silenciamiento es uno de los ejes que recorre el testimonio” (p. 129), por lo que destacan también, en el análisis de estos relatos, la recurrencia de “frases como ‘yo esto nunca lo dije’ o ‘creo que esto es la primera vez que lo cuento’ y concluyen que “otras veces, la angustia que provoca el relato deja entrever la dificultad para poner en palabras esas memorias traumáticas” (p. 131).

Como una herencia pesada, el silencio se perpetúa en la denominación misma de la agrupación H.I.J.O.S.: Hijos por la Identidad, la Justicia, contra el Olvido y el Silencio. El reclamo que atravesaría no solo la novela de Osorio sino la de muchas otras que también focalizan el relato desde la mirada de esta segunda generación está condensado claramente en las palabras que Luz le arrojara a su padre, Carlos, exiliado en Madrid y con quien completaría la memoria de lo ocurrido con su madre: “No te parece que si estaban tan jugados a la revolución, podrían haber pensado si tenían derecho a exponer a ese hijo que querían tener a tales situaciones, a desaparecer, como ustedes mismos, a perder su identidad” (p. 79).

Alejandra Oberti explica que:

… mujeres embarazadas, madres recientes o con niños pequeños participaron activamente no sólo de tareas militantes que eran peligrosas, considerando la situación represiva de la época, como podría ser realizar pintadas o asistir a reuniones clandestinas, sino también de acciones armadas. Es así, que la ausencia, y hasta el riesgo de vida, eran considerados como un sacrificio en aras también de esos hijos. (Oberti, p. 19)

Pero también advierte que, aunque: “… construir la pareja militante, tener hijos para la revolución, formar una familia que se convierta en el núcleo de una sociedad liberada” era la consigna y tanto documentos como testimonios “coinciden en resaltar ese mandato, la familia declamada para y por la revolución no es una entidad abstracta que pueda simplemente enunciarse” (2010, p. 26).

Porque lo que se puede leer en la novela, en última instancia, es que esta voz paterna que enuncia la familia devendrá en el silenciamiento de la identidad de los hijos. De la voz creadora al silencio, ausencia y vacío de la desaparición.

En el caso de Luz, su victimización es doble: “podría decir hoy: a mí me obligaron a desaparecer. Ellos, los asesinos, pero antes mis propios padres, me expusieron a ese terrible destino de ser desaparecido… con vida” (94). Es decir que estos relatos de hijos de desaparecidos, que no han sido reclamados por sus parientes, como es el caso de Luz, quedan condenados a un doble silenciamiento: el operado por las fuerzas represoras del Estado y por su ausencia entre las narraciones del dolor escritas por las madres y abuelas de Plaza de Mayo, por lo que algunos estudiosos han dado en llamarlas narrativas de lo invisible (Mèlich), del vacío (Gatti) o hasta antirrelatos (Escudero).

Elizabeth Jelín entiende la memoria “como concepto usado para interrogar las maneras en que la gente construye un sentido del pasado, y como se enlaza ese pasado con el presente en el acto de rememorar/olvidar. Esta interrogación sobre el pasado es un proceso subjetivo activo y construido socialmente, en diálogo e interacción” (s/p). Y aunque se puedan glosar algunas cuestiones implícitas en esta concepción y se le puedan incorporar otras complejidades, como las preguntas que se hace Alejandra Oberti: ¿Quién es el sujeto que, en los testimonios, nos cuenta de diferentes modos su historia de vida? ¿Es aquel que vivió la experiencia pasada? ¿Es éste que hoy recuerda? (2006, p. 47), estas experiencias individuales del horror, como la que pone sobre el tapete Elsa Osorio en su novela, no llegan a incorporarse a lo público, porque no son narradas, impidiéndose así también que se conviertan en relatos testimoniales, que pudieran nutrir las denuncias y el juzgamiento a los sistemas de terror que han dominado la historia reciente de nuestro país. Y este es, a mi entender, uno de los principales reclamos que se plantean desde esta novela.

Así, la voz silenciosa de las madres que pierden a sus hijos (desaparecidos, robados, muertos o abortados en sesiones de tortura), presentes en la primera parte del texto de Osorio en la figura de las mujeres encerradas en el centro de detención clandestino donde nacería Luz, o en la segunda parte, en la figura de las Abuelas de Plaza de Mayo; o la voz de las militantes que siguen pariendo a pesar de las dudas e incertidumbres, como Liliana, la madre de Luz; o, finalmente, la voz de las hijas como ella… todas esas voces emergen de esta propuesta narrativa, pujando –cual parto, sentido metafórico e implícito en el nombre de la protagonista– por salir y ser escuchadas, no solo como reclamo personal, sino como tentativa que pretende romper el silencio de toda una sociedad.

**Referencias bibliográficas**

Bacci, Claudia et al. (2014). “Entre lo público y lo privado: los testimonios sobre la violencia contra las mujeres en el terrorismo de Estado”, en : Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria, Nº 1, marzo, pp. 122-139. Disponible en: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/clepsidra/article/viewFile/BACCI/pdf>

Escudero, L. (2001). “Desaparecidos, pasiones e identidades discurssivas en la prensa Argentina (1976-1986)”. En: Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales. 541-548.

Gatti, G. (2006). “Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)”. Confines 27.

Jelin, Elizabeth, “Memorias en conflicto”, en *Los Puentes de la Memoria*, nº 1, La Plata, agosto 2000. Disponible en: <https://www.comisionporlamemoria.org/archivos/jovenesymemoria/bibliografia_web/memorias/Jelin.pdf>

Jensen, Silvina (2018), “La historiografía del último exilio político argentino. Itinerarios y desafíos”, en: Águila, Gabriela, Luciani, Laura, Seminara, Luciana y Viano, Cristina (coords.). *La Historia Reciente en Argentina. Balances de una historiografía pionera en América Latina*. Buenos Aires, Imago Mundi, pp. 93-108.

Maldonado, Nelly (2006) “Tiempos de memoria. Un recorrido por el caso argentino”. En: *Intersticios* 11. 81-100.

Mèlich, J. (2001). La ausencia del testimonio. Ética y Pedagogía de los retaos del Holocaust. México D.F.: Anthropos.

Oberti, Alejandra (2006). “Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político-militares de los 70”, en: Carnovale, V. et al (Comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*. Buenos Aires, Memoria Abierta-CEDINCI, pp. 45 62.

Oberti, Alejandra (2010). “¿Qué le hace el género a la memoria?”, en: Joana Maria Pedro e Cristina Scheibe Wolff. *Gênero, feminismos e ditaduras no Cone Sul*. Florianópolis, Ed. Mulheres, pp. 13-30.

Osorio, Elsa. (2008). *A veinte años, Luz*. Madrid: Siruela.

Osorio Soto, María Eugenia. “De la historia oficial a la historia individual: Testimonio y metatestimonio en A veinte años, Luz [1998] de Elsa Osorio”, en *Co-herencia* Vol. 8, No 14, Enero - Junio 2011, pp. 161-181.

1. Este trabajo forma parte de la investigación que estoy llevando a cabo en mi proyecto CONICET: “Las voces del silencio. Narradoras argentinas que discuten los discursos dogmáticos de la última dictadura militar”, con sede en el Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso de la Universidad de Buenos Aires. [↑](#footnote-ref-1)